
NOTA EDITORIAL

SAN VICENTE DE PAUL O EL GENIO DEL BIEN

De entre la multitud anónima, que pasa inútilmente por la vida, de seres amorfos que apenas cumplen con la fatalidad la existencia, aparecen de pronto extraordinarios exponentes de humanidad que nos reconcilian con la especie por su voluntad para la ciencia, para el amor, para el sacrificio: lo que en definitiva es el bien para los demás, el afán por el mayor número; porque la grandeza de un hombre es la resultante de su obra social en los múltiples aspectos o formas de la actividad, es el recuerdo glorificador de las generaciones *agradecidas*.

San Vicente de Paúl, el humilde, es uno de los redentores de la humanidad; y como fue el iniciador del servicio de enfermeras, el impulsor apóstol de orfelinatos y asilos, de hospitales, y talleres de beneficencia, etc., tienen cabida, por eso, estas pobres líneas en esta Revista de Medicina, con motivo del centenario de la fundación de la Sociedad de San Vicente de Paúl, por Federico Ozanán, en Francia.

El pueblo de Pouy, en la Gascuña, en donde nació Vicente de Paúl, el 24 de abril de 1576, está rodeado de praderas y de arroyos; por allí desciende el río de Adour; desde allí, en el horizonte lejano, se contempla el espectáculo de los Pirineos; el bello e infinito panorama natural debió deslumbrar el espíritu del santo y animar a este genio del bien, a la realización de las grandes obras de su mente y su voluntad.

De procedencia humilde, hijo de un agricultor, alcanzó altas posiciones dentro de su ministerio: capellán de la reina Margarita, director espiritual de los señores de Gondi, consejero de la regente Ana de Austria; su obra social es inmensa; su vocación religiosa le da oportunidad de impregnarse del dolor humano, de la miseria, que por todas partes y en todo tiempo afligen al hombre; predica en la ciudad y en el campo el evangelio de Jesús, pero en esos mismos lugares su alma recoge la necesidad de los que le oyen, la angustia de los huérfanos, de los abandonados, de los inválidos, de los ancianos; su palabra así que desciende como una mano pródiga e infatigable, adquiere el prestigio del desinterés, de la inteligencia, de la abnegación, del altruismo.

Los espíritus superiores, los hombres de voluntad, son los únicos que comprenden, se dejan penetrar y atormentar por el dolor ajeno; los individuos endebles, vacilantes, mediocres, apenas alcanzan a sus-

tentar su egoísmo y su existencia; en cambio, en los grandes caracteres aparecen los ideales de bondad; su temperamento, su constitución, los acerca a la informe masa de la pobreza y de la miseria; se forman luego el propósito de aliviarlas y de luchar contra ellas; buscan entonces sus colaboradores, los crean a su imagen y semejanza; y por fin la obra animada de una fuerza extraordinaria, camina, se transforma, se perpetúa.

Este es el caso de Vicente de Paúl; en contacto con los organismos atormentados por la enfermedad, con el pueblo humilde, hace primero la caridad en privado; pero como esto no es suficiente ni le satisface, organiza la asistencia social, hospitales, orfelinatos, asilos, y los colaboradores surgen por centenares; un día lo espantan los sufrimientos de los galeotes en Marsella, otro en Burdeos, en Orleans; la guerra de los treinta años le hace conocer el horror de los animales racionales; los mendigos, los huérfanos, le conmueven, y para todos, en múltiple y portentosa acción, tiene pan, vestido, techo, medicina; organiza el hospital general de París, en donde se refugian alrededor de veinticinco mil enfermos al año; funda la congregación de las hermanas de la caridad, que se ha extendido con beneficios mundiales en la educación y en los servicios hospitalarios; es el iniciador de la admirable institución que hoy llamamos La Cruz Roja; funda talleres, casas de trabajo, colonias agrícolas, y realiza así en conjunto, su pasión socialista, del grande, del saludable socialismo laborioso, de la solidaridad, del cultivo de la tierra que son prácticas de energía, de sanas costumbres, de bienestar. Diariamente alimentaba a quince mil pobres de París; ayudado por el Rey y por el Parlamento, consiguió en esa época lo que en Colombia no se ha conseguido a estas horas de la civilización: prohibir y terminar con la mendicidad pública; sabía convencer, sugerionaba con su ejemplo, las dificultades desaparecían para sus problemas, como ocurre siempre a los hombres de voluntad constructora y perseverante; de este modo, cuando las señoras de la Caridad, se sentían desfallecer en el cuidado de los expósitos, les hablaba en los siguientes términos: "La compasión, señoras, os ha hecho adoptar por hijos a esto pobrecitos niños, habéis sido sus madres según la gracia desde que los abandonaron sus madres según la naturaleza; pues ved ahora si vosotras también los queréis abandonar. Dejad de ser sus madres y sed sus verdugos; su vida y muerte están en vuestras manos; si los seguís cuidando, vivirán; pero perecerán infaliblemente si los abandonáis: la experiencia que tenéis no os permite dudar de ello". Despues de una de estas prédicas unciosas las gentes se trasforman, se alegran y continúan victoriósamente la lucha. A las siervas de los pobres, precursoras de las hermanas de la caridad, las educa en la temperancia y en el sacrificio y de ellas dice: "No tienen más monasterios que las casas de los enfermos; ni más celda que el aposento que se les

presta; ni más claustros que las calles de la ciudad o las salas de los hospitales; ni más clausura que la obediencia; ni más verja que el temor de Dios; ni más velos que una santa y escrupulosa modestia". Y les da las siguientes prescripciones: levantarse en todas las estaciones a las cuatro de la mañana; contentarse con una grugal comida; prestar a los enfermos los más repugnantes servicios; velar durante la noche, arrostrar la fetidez de los hospitales, y cumplir siempre con su obligación aunque fuera preciso morir".

Es necesario recordar que Vicente de Paúl tuvo en la mujer su más eficiente colaborador: la señora Goussault, cooperó en la reorganización del hospital general de París; la señora Le Gras fue su poderosa palanca en la formación del servicio hospitalario y de enfermeras; la duquesa de Aiguillón llegó hasta vender su vajilla de plata por 25.000 francos, que puso en sus manos; la señora de Gondi lo acompañó con su influencia social, con su dinero, con su entusiasmo. Es un hecho de observación constante que la mujer es fuente de una energía altruista inagotable; que para manifestarse sólo necesita de un espíritu que la anime y la congregue; ella que soporta el dolor eterno de la especie, es noble, resignada, es emprendedora, es la mano suave que sirve, que alivia, que renuncia.

La sociedad de San Vicente de Paúl cuenta hoy con 220.000 socios y reparte más de ocho millones de pesos entre los menesterosos del mundo entero; su fundador tuvo el vivo ejemplo de Vicente de Paúl para infundirle eternidad.

La obra de este genio del bien, de este formidable apóstol de un apasionado socialismo, que se llama Vicente de Paúl, se perpetúa a través de las razas, de los continentes, de los siglos.

Laurentino MUÑOZ

Puerto Tejada (Cauca).

